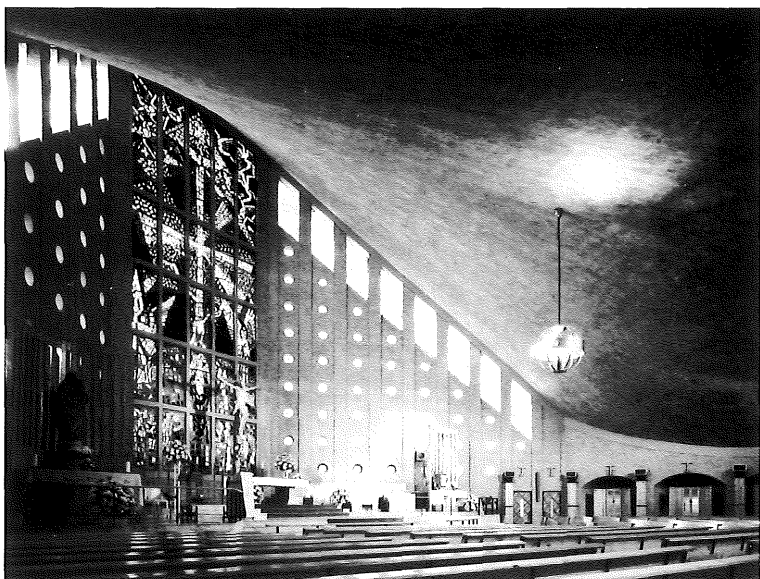


Moya Blanco, Luis. ARQUITECTURA. La obra del arquitecto madrileño Luis Moya Blanco (1904-1990), la más esencial, se desarrolla en la España de posguerra, nada fácil, ni siquiera para los elegidos. Maestro de obras ilustrado, profesor, académico y arquitecto, sus primeros esbozos vienen iluminados por las trazas de otras civilizaciones como la azteca, testigos, tal vez de raíces infantiles y manifestándose como objetos llegados de la otra orilla del tiempo. Entre los rasgos de esta otra temporalidad, encajarían propuestas como el *Faro de Colón* (1929-1932), el *Monumento a Pablo Iglesias* (1932), o el *Sueño arquitectónico para una exaltación nacional* (1937).

Sus proyectos y edificios se manifiestan como procesos lógicos de la razón constructiva, convencido de que la forma que surge de tal proceso es un lenguaje y ese lenguaje debe ser inteligible. Museo de América (1942), iglesia de San Agustín (1945-1955), capilla del colegio de Ntra. Sra. del Pilar (1959-1960), de Madrid. Constructor intuitivo, enlaza con la mejor escuela de arquitectos españoles, desde los anónimos maestros medievales, a los Egeas, Gil de Hontañón, Villanueva, Gaudí o Antonio Palacios.

Presentes están en sus proyectos las síntesis kantianas entre intuición y sentimiento, dentro del amplio campo de la fruición estética. Humanista de conocimientos profundos, acotó su obra entre dos parámetros clásicos, Renacimiento y Barroco, y la obra de sus grandes arquitectos, que por los años que construía sus edificios más importantes, Universidad Laboral de Gijón (1946-1956), Fundación de San José, en Zamora (1947-1953), aparecían como



Interior de la capilla del colegio de Nuestra Señora del Pilar. Luis Moya, 1959-60

alivio cultural a las incursiones truncadas del Movimiento Moderno al que no prestó atención ni devoción, salvo referencias coyunturales (proyecto para el Museo de Arte Moderno en Madrid, 1937), actitud que privó a la arquitectura española de un eslabón histórico, no asumido por ningún otro arquitecto de los que cronológicamente deberían haberlo realizado.

La intención predominante en la obra de Luis Moya, como lo fuera en Wolflin, ha sido la de la emulación; dibujante precoz y observador ensimismado, dispuso de una capacidad para contemplar las cosas que le permitió indagar sobre el carácter intrínseco del espacio arquitectónico, a través de los materiales y de su naturaleza constructiva, y esta vinculación edificatoria (desarrollo de las bóvedas tabicadas) le llevó al respeto de las fuentes, cuyos expedientes conoció como pocos; aunque es cierto que la historia de estos espacios, no los pudo desligar de sus vínculos como «historia del espíritu», también en estos perfiles sigue válida la referencia a Wolflin. Edificó la mayor parte de su obra en torno a una época que se caracterizaba por un marcado espíritu de desolación. Desolación y ruina motivadas por la violencia innecesaria y desasosegada que consolidan las guerras, y esta simultaneidad en el tiempo de la construcción de sus espacios, le contaminó como arquitecto de una «escenografía de exaltación», pero tal acusación por sí misma no es indicativa y su arquitectura no puede leerse iluminada sólo por los rasgos de los tiempos en que fue dibujada o edificada o por el comprensible desdén de los que sufrieron de injusticia.

Luis Moya Blanco manifestó con los modelos de su obra arquitectónica, las cualidades de su vida, aquellos que confieren al hombre los atributos de rigor en los planteamientos intelectuales, atención irónica para el juicio de las cosas, cultura integrada de manera orgánica y acusada imaginación teórica. □

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA.

Ver: Arquitectura de los años cincuenta.

Reunión de diputadas en el Congreso, 1999. Fotografía EFE